

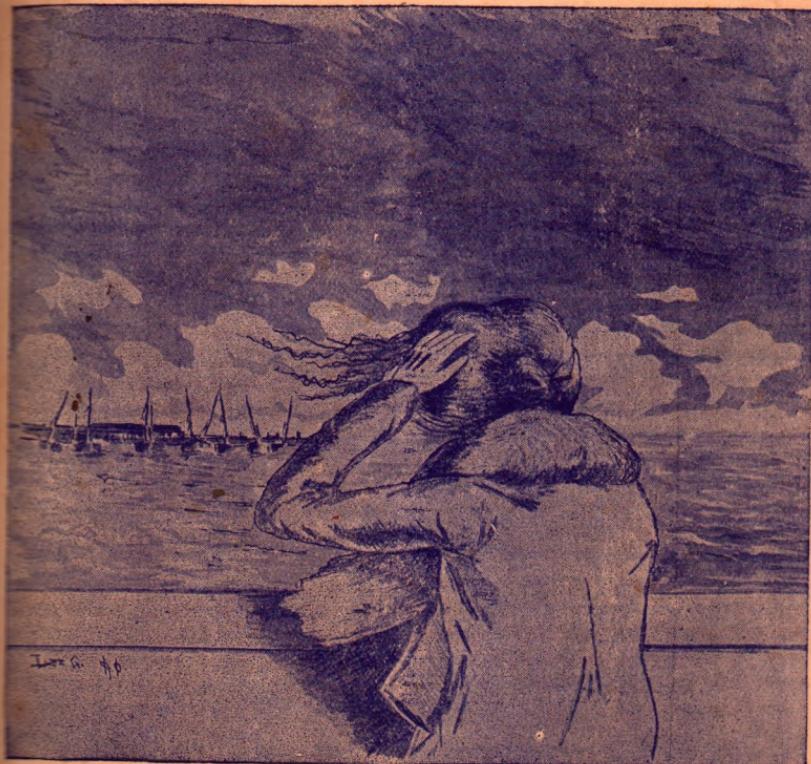
APOLÓ

AÑO VI

Número 57

REVISTA DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

- - - - DE PÉREZ Y CURIS - - - -



MONTEVIDEO

NOVIEMBRE DE 1911

Bibliográficas

(Obras recomendadas por «Apolo»)

Quien pierde gana, por ALFRED CAPUS.—
(Versión castellana de Miguel de Toro Gisbert).

Alfred Capus es uno de los más ingeniosos escritores de la época presente. Su delicada ironía, su incisiva crítica que fustigan, á veces con exceso, las costumbres de la Francia contemporánea, se han ejercitado con el más brillante éxito en el periodismo, en el teatro (con *Mariage Bourgeois*, *Les ePtites Folles*, *Notre Jeunesse*, etc.) y en la novela. Su espíritu de observación ha esculpiñado con igual interés el teatro, el periodismo, la calle, los salones, la vida íntima, y ha paseado por todos los medios sociales su burlona y excéptica sonrisa.

Quien pierde gane es, seguramente, una de las mejores novelas. En ella estudia las costumbres algo equívocas del mundo de los grandes financieros y de una gran parte de la prensa. Lo que constituye el *Tout Paris* de las primeras representaciones, de las recepciones mundanas, de las grandes fiestas, no sale muy favorecido en el cuadro que de él nos traza; pero los que conocen un poco la vida artificial y bulliciosa del Paris de los bulevares y de los grandes cafés, es decir, el Paris que se divierte, encuentran fácilmente tipos conocidos

en los personajes que desfilan por las páginas del libro, tales como el incomparable Farjolle, Moussac, el periodista Veruña, el banquero Letourneau, el maldiciente epicureo Brassier, las cortesanas Josefina, Noela, etc., y la protagonista Emma, cuya alma burguesa y egoísta no retrocede ante ningún sacrificio para asegurarse á sí y á su filosófico marido, el pan y la tranquilidad de la vejez.

Es este un mundo verdaderamente extraño y real al mismo tiempo, que el autor retrata con una precisión y un colorido admirables. Su estilo mordaz y elegante no perdona el menor detalle.

La novela de Capus es, por decirlo así, el comentario elegante y modernista de aquel famoso soneto del gran satírico Quevedo:

“Dicenme, Don eJrónico, que dices
Que me pones los cuernos con Ginesa...”

La traducción correcta y esmerada de don Miguel de Toro Gisbert, conserva todo el encanto de la obra francesa.

La obra forma un elegante volumen de más de 300 páginas impresas en papel satinado, con gran número de ilustraciones y artística cubierta á dos tintas.

(Boletín Bibliográfico).

En breve aparecerá

“La epopeya de la vida”

COLECCIÓN DE POESIAS

De Pérez y Curis

1 volumen lujosamente impreso \$ 0,75

Para pedidos dirigirse á LUIS Y MANUEL PÉREZ

LIBRERIA “MERCURIO”-SARANDI, Núm. 240

MONTEVIDEO



APOLLO

Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Administrador:
LUIS PÉREZ

Redacción y Administración:
TREINTA Y TRES, 72

AÑO VI

Montevideo, Noviembre de 1911

67.580

N.º 57

NUEVA VIOLINISTA URUGUAYA

En nuestro Conservatorio Musical «La Lira» acaba de terminar brillantemente sus estudios de violín, que cursara bajo la competente dirección del maestro don Manuel Facio, nuestra compatriota la señorita Amelia Daragnés, cuyo retrato engalana esta página.

La señorita de Daragnés al rendir el 10.^o año liente con mención especial, que le fué discernida por unanimidad del jurado.

El ingreso de esta joven é inteligente violinista á nuestro cuerpo de profesores, hace, á no dudarlo, honor al clásico Conservatorio y al arte nacional.



SEÑORITA AMELIA DARAGNÉS

de estudios con que ha completado de esta manera su carrera, también ha rendido examen de harmónica, obteniendo en esas difíciles pruebas la honrosa y poco común clasificación de sobre-

Ensayos cortos

XIV

Sobre los fines absolutos que los moralistas atribuyen á la vida

Cuando construyen un sistema, los filósofos, empiezan por preguntarse cuál es el fin del hombre. Epicuro dice: llegar á la ataraxia. Sócrates: conocerse á sí mismo. Jesús: amar á los hombres. Epiteto: vencer al dolor. Bentham: fundar el placer por el interés y gozarle. Kant: cumplir el deber. Spencer: desarrollar la especie; y todos toman como único fin cada una de las significaciones apuntadas; hacen dialéctica, fundan cada uno de los diversos elementos de la Vida en el presunto descubrimiento y se quedan muy frescos.

Ninguno de ellos concede á los otros la parte de verdad que han expresado; y por supuesto, ninguno utiliza nada de lo dicho por los demás.

Luego, para colmo, todos creen que los fines dados *deben necesariamente* marcar la orientación de la existencia, sin admitir ni una excepción siquiera; no importa que la vida de cuantos les rodean esté desmientiéndolo á cada instante; y no importa tampoco que cada uno de éstos viva llenando en parte cada uno de aquellos fines, acaso sin quererlo.

Como si no fuera bastante, afirman que la Vida es inexplicable si no tiende á llenar toda entera uno de esos fines, y se esfuerzan por demostrar que sería más apetecible y feliz si se la viviera de acuerdo con alguno de ellos.

Entonces, contentísimos, demuestran que es imposible alcanzar esa felicidad de una ma-

nera completa, por medio de los sistemas edificados anteriormente, y á la vez, llegan á la demostración de que el nuevo sistema construido satisface mejor todas las necesidades: Olvidan, sin embargo, aducir los ejemplos.

La última de las edificaciones, pretende que la cultura es capaz de proporcionarnos todos los bienes.

¿Y todos los bienes, lo mismo que las anteriores?

¿No sería mejor construir un nuevo edificio, para demostrar que eso es imposible, aún utilizando todos los factores de la Vida, que han tomado por sus fines los filósofos? Y todavía, ¿no sería mejor demostrar que, aún cuando pudiera conseguirse esa suprema felicidad, así acabada, no se *sabe* si sería apetecible?

Lo curioso es que algunos de esos pensadores hayan llegado á emitir juicio sobre el valor de la felicidad completa ya realizada, para afirmar que no es apetecible. ¿Qué saben en realidad los tales filósofos, de lo que aún no fué? ¿Quién ha vivido esa completa existencia desde el principio al fin?

Todo eso por una parte. Por la otra ¿por qué dicen tan á menudo, los filósofos, que la completa felicidad no es posible, sino dentro de sus sistemas? ¿De hecho no está en parte, fuera y dentro de cada uno de ellos? En realidad cada individuo que vive utilizando todos aquellos facto-

res ¿no vive completamente feliz cada vez que, entregado á una tarea, ó á la satisfacción de alguna necesidad, se halla complíamente absorbido en ello y, olvidado de todo lo demás, lo mismo de los sucesos del pasado, que de las representaciones del futuro? Y ésto, que tiene realidad así, en esa forma, ¿es lo que quieren los filósofos que sea eterno para llamarlo acabadamente, completa felicidad? De hecho, la verdadera no es la que se produce? la que es real? Y esta ¿no tiene ya lugar en cada

individuo, sin que impida, sin embargo, el ser apetecible y lo que es más, sin que se trabe el progreso, que ha llegado á negarse en los supuestos descubrimientos de la posible realidad utópica?

Los filósofos del viejo camino hallarán así parado el curso de la dialética que usaron; pero esto no impedirá que las cosas sigan el curso que les corresponde.

HORACIO DURA.

Octubre de 1911.

Biblia Profana

La Torre de Babel

Gruesas gotas caían sobre los fértiles campos de Sanavor. La lluvia, esa fecunda linfa tan apetecida de todos hoy, era en aquellos tiempos motivo de profundo espanto. Viva y sangrante quedaba en los descendientes de Noé la memoria del reciente desastre del Diluvio.

La torre de Babel aun no estaba concluida y el peligro era inminente. La gran mole de granito no estaba en posibilidades de oponerse á las iras del Eterno.

El supremo Jefe de la obra, profundamente afectado por los negros nubarones que obscurecían el cielo y por el agua que aplacaba los ardores de la tierra, quiso activar los trabajos y se dirigió á la torre, para dar efectivas órdenes. Grande fué su sorpresa cuando vió que él no entendía á nadie, que nadie lo entendía á él, y que, á su vez, los obreros no se entendían entre sí. Había llegado el momento

horrible de la confusión de las lenguas con que Jehová castigara la audacia del aquel pueblo.

Subió á un piso y á otro y á otro y con angustia pudo observar que era en todos igual el desconcierto. Pero llegó al último, aquel que estaba muy cerca de las estrellas. Allí cuatro hombres que hablaban idiomas distintos se entendían perfectamente. Tenía el uno en su mano los pinceles y la paleta y trazaba en el muro espléndido cuadro; el segundo, tañiendo la lira entonaba un himno delicioso; el tercero haciendo vibrar las cuerdas de un arpa, llenaba el salón de inimitables melodías; y el último, sobre un bloque de mármol cincelaba una soberbia estatua. En medio de aquel insondable trastorno, sólo estos cuatro obreros se entendian. Eran artistas y el arte no tiene ni patria ni lengua.

M. SOTO HALL.

De Emilio Trías Du Pré

Tu retrato

Para Arolo.

Cabe dentro del marco de un soneto
hacer el trazo de tu estampa egregia,
ya que eres ¡oh divina! raza regia
y más que una pasión, pides respeto.

Bajos los ojos, porque son un reto
con que un Mago tu alma privilegia;
baja la vista... ¿Acaso es tu estrategia
mirar así, con un mirar discreto?...

Sabio ha sido el pintor que así pintara
esa belleza que no ve el profano
porque hay que verla con el alma clara.

Bien venido, quizá, con ojo humano
intente bosquejar en la paleta
la copia del retrato un mal poeta ...

La rubiecita del chapín pequeño

En cada ojera guarda una promesa
para la gloria de rimar su ceño
en un romance del amor que empieza:
«La rubiecita del chapín pequeño.

Tiene el perfil pulido de una Infanta;
rosado el cutis y un mirar risueño...
¡Es como un ave que en el alma canta
la rubiecita del chapín pequeño!

Y son sus labios un ceibal en flor
donde ha tejido su jardín de ensueño
una calandria que suspira por
la rubiecita del chapín pequeño.

Deslie notas con que al Sol cantara
una fontana en plácido despeño...
Es la canción de los amores para
la rubiecita del chapín pequeño.

EMILIO TRÍAS DU PRÉ.

Galeria de bellezas

Señorita Esther Lila Mendiguibel

Para APOLÓ.

Su actitud modesta y recogida, su modo de ser dulce, sensible y poético, nos revelan ya una esperanza en el arte difícil que cultiva, destacándose del hermoso grupo en que forman las niñas estudiantes de la presente generación.

Desde los ocho años viene descollando en sus aficiones artísticas y cuenta ya con varios premios de inestimable valor de sus profesores en institutos de la capital.

Hija del malogrado estudiante de ingeniería Pedro Justo Mendiguibel, que conceptuoso brilló entre una pléyade de jóvenes distinguidos de su época; que había formado un ho-

gar resplandeciente de felicidad, con todas las exquisitezas más deseadas que embellecer pueden una joven existencia, esta hermosa niña traduce fielmente los sentimientos que adornaban á su cultísimo padre, y sus gustos por la música y las artes más delicadas.

Adelante, pues, querida compatriota, que si «amar es vivir», — el recuerdo de los que amamos y que yo rememoro, ha de hacerte dulcemente feliz!

A. O. B.

Buenos Aires, Diciembre 25 de 1911.

A

El día, mi alma de tristeza viste,
Y medito anhelosa:
¡Si fuera compasiva y amistosa
Tu mirada tan triste!

VIOLETA.

Jueves 14 de 1911.

LA FUGA DE BACH

A medida que se aproximaba el 31 de Diciembre, el señor Holmes y sus empleados observaron con asombro que Gustavo Bach, cajero principal de la casa, daba muestras inequívocas de nerviosa agitación.

Holmes, llegó á suponer, conjeturalmente, que acaso ello fuera debido á los fuertes calores reinantes, pues desde una semana atrás el termómetro venía marcando 38° á la sombra. Los dependientes, más pesimistas que el patrón, aceptaban la hipótesis de una posible crisis económica en la modesta existencia del antiguo cajero; más, fuera lo que fuese, Bach pronto se preocupó de aclarar el enigma: sencillamente, él estaba estudiando en la flauta la famosa «Fuga» de su homónimo, el Bach creador, y esta partitura, escurridiza, ligera, futí, galopante y llena de escabrosidades técnicas, le tenía sumamente preocupado, á él, cuyo innato espíritu artístico aún no había naufragado entre los mil revéses de una existencia azarosa, revéses que en verdad habían malogrado á un verdadero músico para convertirle en un matemático barajador de números y guarismos.

Y por cierto que la inspirada partitura de Bach parecía dar bastante que hacer al cajero-músico. Allá en el escritorio, en mitad de la labor y entre los mil librazos, facturas, conformes, cheques y pagarés, veíase sombrío y meditabundo, cuando no dialogando con una mimica extraña y muda. Sus compañeros de trabajo, se sonreían, discretamente, atisbándole de soslayo; el señor Holmes, siempre complaciente y beatífico, tomaba las distracciones de su cajero por buen lado, dirigiéndole bromas inocentes:

— ¿Qué tal va esa fuga, señor Bach? . . .

El señor Bach, tras breve incertidumbre, replicaba: — Bien. Bien . . . Ya ha-gó las escalas á maravilla. Ustedes pronto podrán apreciar . . .

Se le sonreía. La única debilidad de aquel hombre metódico, de costumbres sóbrias, de hábitos sencillos, de bondad infinitamente afable, había sido siempre su gran pasión por la música. Tocaba la flauta. Era todo un mago de ese instrumento pastoral y eglógico surtidor de delicadas notas de cristal que remedan el trino del ruiseñor al claro de la luna; el arrullo de la corriente entre los cañaverales de la ribera; el trémolo de la brisa por entre el follaje de las selvas; la nota aguda de los grillos noctámbulos bajo las hierbas perladas de relente; el canto de los batracios panzones, allá en la gama verdosa de los estanques inmóviles; los aullidos del septentrion, cuando, en plena tempestad, emite sus gritos salvajes de bestia indómita y bravía.

¡Qué talento musical el de Bach para ejecutante de la flauta! El señor Holmes y sus dependientes ya habían tenido oportunidades de apreciar al Bach músico en algunas veladas íntimas, realizadas en la alcoba de soltero que habitaba el virtuoso, en una modesta casa de

pensión. Allí le habían admirado interpretando magistralmente á Chopin, Haydn, Mozart, Beethoven, Litz, Wagner.

El 25 de Diciembre, el señor Holmes preguntóle á su cajero por la interpretación de la dificultosa «Fuga».

— Marcha, marcha, — había replicado Bach. — Sin embargo, aún hay algunos temores que me preocupan . . . Si: mis dedos todavía tropiezan: les falta elasticidad, rapidez, deslizamiento.

Y, con sus dedos finos, alargados, nerviosos y ágiles como culebras, Bach esbozó imaginariamente en el aire un aligerado galopar de escalas.

El 31 de Diciembre, á las 9 de la mañana, Bach mostrábase sereno, de una beatitud admirable; pero ese mismo día, después de las 2 de la tarde, brusca e inesperadamente él desapareció de la vieja poltrona á la que durante quince años se le viera adherido día á día bajando columnas de números y escuadrones de coeficientes.

¿Qué podría ocurrirle? . . . ¿Acaso un accidente, una jaqueca, un compromiso inevitable? . . . Todo era posible; más, algo muy grave ó imprevisto sería ello.

A las 5, ante aquella inesperada ausencia, el asombro fué intenso. A las 7 era imposible opinar con exactitud. A las 8, hora del cierre del comercio, el señor Holmes casi sufrió un desvanecimiento: laconíco billete llegado á sus manos aclaraba el misterio.

«He comenzado la fuga. No me esperen más. — BACH.»

Esto era todo. El laconismo no podía ser más brutal. Bajo una sospecha temible, entonces, el señor Holmes, ordenó á sus empleados que forzaran la caja de hierro e inspeccionáranse los libros, los documentos, los depósitos de dinero, confrontándose de esta manera el Débito con el Haber.

En breve el señor Holmes casi tuvo un desmayo. Aquello era terrible. Había sido encontrado un déficit de treinta mil pesos. La famosa «Fuga de Bach» no era tan escabrosa para un medio dilettante de la flauta como sorprendente para el señor Holmes el fraude de que se le había hecho víctima.

Esa misma noche toda la policía se puso en movimiento. El teléfono y el telégrafo trasmisieron la órden de prisión contra el cajero infiel. Dábanse detalles particulares sobre su persona. Toda pista era seguida, perseguida; más sin optimos resultados. Por otra parte, allá en la casa de huéspedes de la que fuera inquilino Bach, sólo supóse que le había visto por última vez esa mañana á las ocho. Luego, al inspeccionarse municiosamente la habitación, no hallóse ningún papel ni carta explícita. Sólo algo hizo sonreir al juez: la flauta del prófugo estaba allí, en el estuche abierto. Era de ébano reluciente y teclados de plata bruñida. La partitura del auténtico Bach, abierta sobre un atril, mostraba las escalas galopantes de su vertiginosa «Fuga» . . .

Sin embargo, al día siguiente, 1.^o de año, el señor Holmes recibió un telegrama concebido en estos términos: «*Todo ha terminado. Ya nada hay que hacer. Urge venir á esta inmediatamente. -- Dirección: Grand-Hôtel, Can-gallo N.^o 2007, pieza N.^o 14.*»

La noticia era hasta cierto punto consoladora, y, el telegrama, aunque sin firma y procedente de Buenos Aires, tenía que ser, ó remitido por algún agente de investigaciones ó enviado por uno de los empleados del señor Holmes, que ha pedido de éste, habiése embarcado para aquella metrópoli en busca de noticias sobre el prófugo.

El señor Holmes se inclinó á creer esto último. Hasta abrigó esperanzas de un satisfactorio arreglo sin necesidad de recurrir á los tribunales y procederse á la aprehensión del cajero infiel.

Pero, media hora más tarde, otro telegrama causó mayor extrañeza al señor Holmes. El segundo telegrama decía: «*Reitero mi pedido. Embórquese usted esta misma noche. Mañana á primera hora lo esperaré en el Grand-Hôtel. — Bach.*»

¡Oh! ya no cabía la menor duda. ¡Bach se entregaba de pies y manos! Acaso se recuperarían los treinta mil pesos ó si no una buena parte de la suma sustraída... Si: Bach, hombre metódico y de una honradez puesta á prueba durante más de quince años, arrepentía de su mala acción é imploraba indulto...

Y así se lo imaginó inmediatamente el señor Holmes, con grata satisfacción, por lo que, ese mismo atardecer embarcóse para Buenos Aires, de modo que al otro día, 2 de Enero, á las nueve de la mañana él ya subía las escaleras del «Grand-Hôtel».

— ¿El número 14? — inquirió.

— Aquí es, señor, dijo un camarero, indicando la habitación del flamante huésped.

Como la puerta de la estancia sólo permanecía entreabierta, el señor Holmes se apresuró á entrar, sin previo llamado. Una vez adentro observó á su alrededor, pero sin lograr ver á Bach. Era imposible distinguir los objetos: los postigos de la vidriera permanecían cerrados y una gran penumbra lo ensombrecía todo.

Allí, entre las sombras de la alcoba, el señor Holmes llamó, timidamente:

— Señor Bach, señor Bach... Soy yo, Holmes, ¿sabe? .

Nadie contestóle. El silencio era absoluto.

Holmes volvió á hablar, y esta vez con voz más serena.

— Soy yo, Holmes, ¿sabe?... ¿sabe?

Como tampoco obtuviera respuesta, el señor Holmes llegó á experimentar cierto enfado. ¡Qué tranquilidad la de su cajero! Por cierto que su mala acción poco le preocupaba.

Y el señor Holmes no pudo reprimirse: dando tres pasos hacia adelante abrió de un recio manotón los postigos.

Entonces, bajo la luz dorada del sol que como una gran ola de oro llenó toda la alcoba, el señor Holmes pudo ver algo que al principio le llenó de asombro y después de enloquecido espanto.

Cerca del reluciente lavabo, allí sobre el lecho en desorden y entre mantas y cobertores caídos, Bach, el ex cajero, yacía inmóvil, esgrimiento todavía en la diestra la pistola con que horas antes debiera haberse dado la muerte, horadándose las sienes. Tenía los ojos enormemente abiertos, y un rojo coágulo ora en la ancha herida por la que se escapaba silenciosamente la sangre, en un hilo fino, fino, muy fino...

Holmes crispóse horrorizado. La fuga de Bach era completa. Imposible seguirle: él ya estaba en la Eternidad...

JUAN PICÓN OLAONDO.

JUANCITO

El A B C lo ignora todavía.
Es un chiquillo juguetón, travieso,
que la madre castiga con un beso
cuando comete alguna fechoría.

Así de toda corrección ileso
su genio revoltoso cada día
burlas inventa más, y algarabía
forma cuando disputa el pan, el queso.

Burla burlando su gentil persona
trajina, y si lo lleva de la mano
su hermanita mayor, serio, blasóna
un orgullo infantil; bravuras tiernas
qué revelan al hombre, en el enano
gracioso y fino de inseguras piernas.

ISMAEL URDANETA.

Mariposa de oro

Para APOLÓ.

- Mariposa de oro ¿qué me traes en tus alas?
— Son las doce del día...
Te traigo la esperanza.
- Mariposa de oro ¿qué me traes en tus alas?
— Es la hora del crepúsculo...
Traigo fiebres y ansias.
- Mariposa de oro ¿qué me traes en tus alas?
— Es tarde de la noche...
Y no te traigo nada...

PABLO MINELLI GONZALEZ.

Viena, Agosto 1911.

VERSOS

Las flores de tu alma perfumaron
El santuario de mi alma soñadora,
Las notas de tu lira me arrullaron
Inundando mi ser en luz de aurora.

Hay suave perfume y melodía
En el ritmo de tu arpa enamorada;
Sus cuerdas son de oro; su harmonía
Semejante al murmullo de cascada.

Lejos, sin conocerte, tus cantares
Mil recuerdos trajeron á mi mente
Perfumes de violetas y de azahares
En ellos aspiré plácidamente.

Yo no sé lo que siento; el alma mía
Despierta de su sueño al escucharte,
Y sintiendo nacer la simpatía
Radiante de placer quiero cantarte.

Mas es vano, la dulce melodía,
Los dorados ensueños se acabaron;
En la lira no encuentro una harmonía;
Las cuerdas sus sonido me negaron.

VIOLETA.

Galeria de Bellezas



SEÑORITA MARUJA COMPETIELLO

Teatros

La calor y el teatro, jamás han podido arribar á un acuerdo. Las playas, ofreciendo sus frescas brisas á los paseantes, alcanzan el verdadero éxito de la temporada. He aquí porqué escasean las novedades. Excepción hecha de los teatros Solís y Politeama, los demás se hallan de *relache*.

En SOLIS actúa con bastante éxito, la compañía española de zarzuelas que dirige el señor Carreras. El género chico, tiene en este país tantos adeptos, que aún en las noches más sofocantes logran llenar el teatro. Contribuyen al mejor éxito de esta compañía, algunas novedades y el buen conjunto del elenco.

En el POLITEAMA, la conocida compañía italiana de operetas, de Lahoz, continúa sus bien merecidos éxitos. El repertorio, formado por las mejores operetas modernas, constituye su mayor reclame. Piraccini, el querido cómico de nuestro público, conjuntamente con la señora de Lahoz, la Brussa, la Cumeli, Ciorne y otros elementos, constituyen un conjunto de los más discretos que nos han visitado. Para en breve se anuncian algunos estrenos, entre ellos «Le Manovre de Autunno», de Oscar Strauss.

FROM.

El poeta de Europa

Uno de estos meses nos dará á conocer en versos castellanos un poeta joven, Ramón Basterra, al poeta de Europa, Emilio Verhaeren. La empresa no corre prisa. Una traducción en verso ha de hacerse. La traducción de los «Trophées», de Hered a, por Zayas, es un ejemplo de las que deben hacerse, como homenaje á la cultura universal. Acaso se pudiera decir lo contrario de la traducción por Marquina de «Las flores del mal», de Baudelaire.

Pero, antes ó después, es necesario traducir á Verhaeren, porque se trata del poeta de Europa, del poeta de la idea de Europa, tal como Pepe Ortega la ha fijado en España, tal como empezó á aletear en el periódico de Bello.

Elle éduqua ses races
á ne jamais planter
les arbres de leur force et de leur volonté
que dans le jardin clos des réalités sûres.
Clairvoyance, méthode, ordre et mesure;
routes dont nul brouillard ne dérobera le
[bout.
...Hâte, calme, prudence, audace,
fièvre mélée á la lenteur tenace...

Esta Europa que «enseñó á sus razas á no plantar nunca los árboles de su fuerza y su voluntad sino en el jardín cerrado de las seguras realidades». Clarividencia, método, orden y medida; caminos cuyo término no esconde ninguna niebla... Prisa, calma, prudencia, audacia, fiebre mezclada á la lentitud tenaz.

Esta Europa, dueña del mundo, que continúa su trabajo secular en África y en Asia.

Et sur des fronts étroits et durs que rá-
[pétisse
l'esclavage la peur, l'effroi, la cruauté,
sa main fait lentement, mais sûrement flot-
[ter
quelque rêve futur qui serait la justice

(«Y sobre frentes estrechas y duras que encoige la esclavitud, el miedo, el espanto, la残酷, su mano hace flotar lenta, pero seguramente, algún sueño futuro, que sería la justicia.»)

Es preciso dar á las palabras del poeta flamenco los arpones firmes con que los ritmos nobles se agarran al oído, precisamente porque la idea europea no es un dogma innoble, sino un camino cuyo término es tan claro como en la poesía de Verhaeren cuando abrimos los ojos. ¡Pero son tantas las tentaciones de cerrarlos!

Pienso en Verhaeren al visitar la Exposición del caucho que se acaba de abrir en International Hall. «No hay nada como el caucho,» es la divisa de la Exposición. Y es verdad. Hace cuarenta años no servía apenas más que para borrar las rayas de lápiz mal trazadas. Ahora se emplea en los zapatos, en los impermeables, en los biberones, en los automóviles, en millares de objetos para los cuales se ha hecho indispensable.

En busca del necesario caucho se interna Europa por los bosques de Ceylan, Anam, el Congo, Brasil, Perú, Méjico, Malaca, Borneo, la India. Para extraer los 2.100 millones de francos que importa anualmente la preciosa resina, Europa penetra en cuantos rincones inexplorados que-

daban en el mundo. No le asustan las fiebres tropicales, ni las flechas de los indígenas, ni la resistencia de insectos y reptiles. El caucho es hoy incentivo más poderoso de las actividades europeas que lo fué nunca el oro de centenares de Eldorados.

Pero hay muchas razones aparentes para dudar de que Europa esté llevando un sueño de justicia á las frentes estrechas y duras de que habla Verhaeren. En busca del caucho entró Bélgica, el país de Verhaeren, en el Congo, y tres millones de negros perecieron para satisfacer la codicia del Rey Leopoldo, el hombre del «caucho rojo», como le llamaron los ingleses.

Ya no sé habla tanto del Congo. Pero los mismos procedimientos se han reproducido en la región del Putumayo, del Perú. El Gobierno inglés ha dicho en el Parlamento que los informes de sus cónsules justifican las acusaciones lanzadas contra las Compañías inglesas explotadoras del caucho del Perú.

Esas acusaciones hablaban de mujeres indias azotadas, de tribus enteras fustigadas, de víctimas colgadas vivas en los árboles encima de hogueras, de niños condenados á servir de blanco de los buscadores de caucho.

El sistema era el mismo que el seguido en el Congo: obligar á los indios á que sacaran de los bosques determinadas cantidades de caucho, y pegarles, azotarles ó quemarles vivos cuando no satisfacían la demanda. El caucho extraído de esa suerte se enviaba á los mercados europeos. Los accionistas europeos cobraban dividendos del 50 al 60 por 100, y los capataces enviados al

Perú se enriquecían en una ó dos cosechas.

¿Es esto Europa? No, esto no es Europa. Esto lo hacían también los reyes persas y los príncipes indios y los reyes del antiguo Egipto. Lo europeo son los aparatos que se construyen con el caucho. Lo europeo es la protesta de Inglaterra contra los métodos del antiguo rey de Bélgica ó la campaña del periódico «Truth» contra las compañías inglesas que explotan el caucho peruano.

La historia de las explotaciones humanas es de todos los países. El hombre económico que explota al hombre para satisfacer sus ambiciones es de todas las razas. El europeo lo lleva dentro de sí. Sobre ese hombre económico ha de alzarse el hombre moral. Sin la economía no hay moralidad, como sin la vida física no hay vida espiritual posible. Europa se alza sobre el jardín cerrado de las realidades seguras ».

Pero Europa empieza cuando se trata de sujetar los impulsos económicos á las leyes morales, cuando se obliga al rey Leopoldo á respetar la vida de los negros, cuando se protesta de las atrocidades cometidas en el Perú por las compañías inglesas, cuando se sujeta á esas compañías á la inspección de un cónsul, cuando se prepara en el Perú, por solicitud de Inglaterra, una ley que ampare á los indios del Putumayo.

El hecho de ir al Putumayo ó al Congo para explotar el caucho no es específicamente europeo. También Atila y Gengis Kan vinieron á Europa para explotar nuestras riquezas. Las protestas contra esos negociantes aventureros en nombre del

quietismo tampoco son europeas, porque el quiétismo es de origen asiático. Ni la acción sin la ley ni la inacción son cosas europeas. Lo europeo es ir al Congo y al Putumayo y explotar el caucho; pero regular la acción con leyes. Y es entonces cuando los indígenas del Putumayo y del

Congo perciben que la codicia de los europeos está enfrenada por los poderes invisibles de las leyes, cuando empieza á germinar en sus cabezas el sueño de justicia de que habla Verhaeren.

RAMIRO DE MAEZTU.

Visión

Y ahora, madre, tus bellas
miradas vuelve hacia aquellas
riberas de tus amores:
verás un orto de estrellas
y un impetu de condores.

De México á la Argentina
corre una escala divina
que cifra un himno potente,
y cada patria latina
lleva un lucero en la frente.

Cuba se aduerme al rumor
del tibio mar que la besa
con un perenne verdor,
y es como una gran promesa
que ha de ser una gran flor.

Méjico ensaya sus vuelos
de gran águila caudal
en tres grados sin igual
del altar de tus anhelos:
costa, meseta central
y cumbre de eternos hielos.

Centro América es un nido
de seis aves; es un haz
de seis flores guarnecido,
cuyo perfume escondido
sólo brotará en la paz.

Tiene América del Sur,
como un gran símbolo augur,
la forma de un corazón.
Su testa roza el azur,
y de nubes es su airón.

Nueve naciones allí
con número zahori
su inmortalidad pregonan,
son nueve musas que abonan
tu ensueño y viven por tí!

Y todas ¡oh madre! todas
al celebrar hoy sus bodas,
brillan con tu mismo sol,
lucen tus fastos soberbios
y palpitán con tus nervios
y cantan en español.

Carmelo Mezu



PEDRO MASCARÓ Y REISSIG

De mi Vida

Para APOLO.

A Pérez y Curis

Cuando viví rodeado de opulencia,
miles de seres su amistad prestaron
á mi sér! y mis manos les donaron
todo lo que pedían... ¡oh inocencia!

Hoy, que me opriñe la mayor dolencia,
hoy, que mi calma y mi placer fugaron,
hoy, que nada poseo, hoy que lloraron
mis ojos! ya, previendo la demencia,

¡ninguno!... sí... ninguno de los tantos,
que fueron mis amigos del pasado,
recuerda la amistad que le he prestado;

me abandonan, cubierto por los mantos
de las noches sin astros, que mis cantos
como numen, tan sólo, han admirado.

PEDRO MASCARÓ Y REISSIG

Montevideo, — Noviembre 2 1911.

Destructiva

Bondadosa compañera
que consuelas mis dolores,
que te prodigas en flores
para verme sonreir;
yo te ofrendo los jardines
de mi alma envejecida,
donde lloran los violines
la tristeza de la vida
y donde está taciturna
la esperanza de vivir.

Pobrecita compañera
de mi gran melancolía;
yo destruí la alegría
de tu existencia ideal;
dispusé de las glicinas
de tu alegre Primavera,
y huyeron tus golondrinas
hacia remota ribera.
Huyeron como se huye
cuando nos persigue el mal.

ESTEBAN ETCHEPARE.

El decoro

Comedia en dos actos

ACTO SEGUNDO

ESCENA TERCERA

Don Juan, Carlos, después Doña María

Carlos—(Llega precipitadamente y tras una mirada de ansiedad al patio, va á abrir violentamente unas tras otras las puertas de ambas habitaciones escudriñando en su interior. En una habitación, se distingue á Doña María sentada en una silla baja en actitud de profunda pena. Luego, al convenirse Carlos de que Ana no está va á sentarse y como respondiéndose á una pregunta premeditada:) No está. (Pausa).

D. Juan—(Que lo ha observado). Y, nada...? Adónde fuiste? A quién acudieron?

Carlos—(Con acritud). *No hay nada echado á perder*. Hemos dado los pasos que debíamos, sin mencionar, sin hacer alusión directa á ninguna persona de la familia.

D. Juan—(Asombrado). Oh! Pero... Cómo...? Negar á la hermana?

Carlos—(Levantándose). Eh? Y se figura usted que ibamos á decir sencillamente: «Señor Comisario: venimos á pedirle á usted que imparta las órdenes necesarias para descubrir el paradero de nuestra querida hermana desaparecida, ó para aumentar la ignomonia, raptada la noche anterior?» Eso quería usted que dijéramos? Pues, no faltaba más. No piensa usted en el decoro, en el honor de la familia? (Pausa). Roberto y

yo, nos hemos combinado para expresarnos en idéntica forma y manifestamos así: «que una señorita que vivía en nuestra casa desde hace unos seis meses—que es más ó menos el tiempo que hace que aquí residimos—desapareció anoche, suponiendo nosotros se haya arrojado al mar, pues como padecía de una terrible neurastenia, ya lo había, en uno de sus interiores arrebatos, intentado otra vez. Así hemos hablado.

D. Juan—Pero...

Carlos—Ahora bien: la Policía se encargará de buscarla en tal carácter. Por lo demás, creo que todos ignoramos lo que hay de cierto en este misterio, y no vamos á proclamar á los cuatro vientos que Ana se mandó á mudar con su novio, cuando no se sabe si lo tenía.

D. María—(Que ha aparecido algo antes de terminar de hablar Carlos; no lo ha interrumpido, antes bien, le ha puesto atención, y cambiando su actitud de pesadumbre por otra de rebelión contra su marido, le advierte:) Ves? Ves tú que te ponés á hablar sin pensar lo que dices? Oíste lo que dijo este muchacho que sabe razonar, que piensa lo que dice y que cree más justo, más conveniente decir que su hermana atormentada por una enfermedad se ha suicidado, antes que ofenderla suponiendo que se haya perdido para toda la vida? Lo oís?

D. Juan (A D. María). Sí? Qué corazón tienen ustedes! Les halaga más la idea del suicidio. Y qué preferís más: lo uno ó lo

otro? Su vida ó su muerte? Hablá, contestá.

D. María—(Herida en su más íntima fibra, puesto á prueba su amor de madre, no vacila y gritando se explica). No! no! no! Mi hija! Quiero mi hija! (Entre manifestaciones de un gran dolor, monologando ternuras para la hija desaparecida, se retira tristemente).

ESCENA CUARTA

Don Juan y Carlos

D. Juan—(A D. María mientras ella se va). Ah! Aún te duele el corazón. No lo dudaba. Querés tu hija. Todavía, además del cariño que le tengas, que te quede la esperanza de que lo ocurrido haya sido para su bien y felicidad.

Carlos—(Avanzando violento, impidente, hacia su padre). Ya sé lo que usted piensa, me lo figuro; pero, así, en esa forma, huendo? Eso nunca, primero muerda.

D. Juan—(Todo él atravesia por transiciones rápidas de ira, de dolor, de desprecio...) Cómo! Y tú niegas el derecho á la existencia que tiene tu hermana como tú? Y tú niegas el derecho que tiene tu madre de pedir la vida de su hija, á pesar de todo, por encima de todo, porque es necesaria para su consolación? No son tan sagrados esos derechos que no valgan á tu juicio un pedazo de lo que te llamas Honor? Pues, sábelo: por encima de todo, están una vida y un dolor, y si un dolor es digno de respeto, una vida lo es más que es más sagrada.

Carlos—Sí, pero la familia debe conservar el buen concepto á que se ha hecho digna. Las faltas se castigan, y para los delitos que

escapan á la Ley, hay otro Tribunal que los juzga y ese Tribunal es la Sociedad.

D. Juan—Un Tribunal que te hará reo ó cómplice en delitos que no lo son y que otros cometan. Ese es tu Tribunal?

Carlos—Y le parece lindo el papel que haremos ante la gente, en el caso de una huída de Ana? Lindo papel! Hermoso! Sublime! Mi nombre, su nombre, cómo se destacará, cómo llegará á conocerse, á repetirse; cómo irá á aumentar el número de los apellidos cargados de ignominia! Nó; ni pensarlo; que no sea así; sería entonces la gran desgracia, la gran desgracia. Usted no vé que todo, todo me cruzaría el camino? No imagina el desconcepto ridículo que tendríamos ante la gente; la burla irónica, ó de frente ó velada por una compasión abominable e inicua de que seríamos objeto? No piensa que mis amistades se quebrarían, que mi carrera habría de cortarse y que todo, todo en fin, sería entonces oscuro, traidor murmurante, señalados por esa catástrofe atroz del deshonor, como si lleváramos impreso en la frente el signo de una propia infamia?

D. Juan—Ah! Es miedo... Miedo, no? Te agobia, te estrecha el temor de un ataque cobarde en esa forma. Temes...?

Carlos—Basta! Anarquista! Basta! No hable más así. Anarquista!

D. Juan—Cállate muchacho; sube, sube alto, más alto todavía; pero, cuidado, teme la caída. (Gran pausa).

(D. Juan va á ocupar su sitio habitual. Carlos, se sienta en el sillón y oculta la cara entre las manos, medio abatido y avergonzado).

J. MÉNDEZ.

Poetas nuevos

Debes reinar...

Quiero, Amada, que me absuelvas. No recuerdes mis agravios.
Vengo triste y sin orgullo reclamando tu querer.
¡He sentido que me mata la nostalgia de tus labios!
¡Cómo atraen, cómo humillan tus besos: ¡Eres mujer!

No digas que soy perjurio; que mis promesas olvido;
Que lo que mi boca dice no lo siente el corazón...
¡Si pudiera revelarte lo que sufro y he sufrido
Dirías: ven á mis brazos, yo te doy la absolución!

Tus caricias, en otrora, no pudieron abatirme.
Mi voluntad indomable siempre recta, siempre firme
Por tus múltiples halagos no se dejaba arrastrar...

Y hoy, el fuerte, el inflexible, depone todo su orgullo
Por un beso, una sonrisa, ó por un abrazo tuyo;
¡Porque siendo tú mi Reina, justo es, debes reinar!

MARIO MENÉNDEZ.

Ojos celestes

Trozo de cielo
que tus blancas pupilas aprisionan,
como pálido lirio,
son tus ojos.

Como el mar do la luna adormecida
proyecta tenues resplandores,
así, profundos y sombríos,
son tus ojos.

Cual la silvestre florecilla
que por los campos con la brisa juega,
así, tan puros y tan bellos
son tus ojos.

Cual las náyades de la selva
que en el crespón obscuro de la noche flotan
brillantes como estrella del crepúsculo,
tienes los ojos.

Como las sifides que en tranquila fuente,
sus purpúreos cuerpos han bañado.
Como las ninñas de grotesca gruta,
tienes los ojos.

En ese cielo, en ese mar sombrío,
do mi mirar extático se pierde,
Como en mullido lecho de esperanza
mi amor se duerme...

ANDRÉS PERCIVALE GENTA.

LUIS Y MANUEL PÉREZ

LIBRERÍA "MERCURIO" - SARANDÍ, 240

Éditions du Mercure de France - \$ 0.90 le volume - Poésie

PAUL FORT

L'Amour marin.
Ballades Françaises.
Coxcomb, ou l'homme tout nu
tombé du Paradis.
Les Hymnes de feu, précédés
de Lucienne.

Idylles Antiques.
Montagne.
Paris Sentimental ou le Roman
de nos vingt ans.
Le Roman de Louis XI.

CHARLES GUERIN
Le cœur solitaire.
L'Homme intérieur.
Le Semeur de Cendres.

HENRIK IBSEN
Poésies.

FRANCIS JAMMES
De l'Angelus de l'Aube à l'An-
gelus du Soir.
Clairières dans le Ciel.
Le Deuil des Primevères.
Le Triomphe de la Vie.

GUSTAVE KAHN
Le Livre d'Images.
Premiers Poèmes.

KLINGSOR
Schéhérazade.
Le Valet de cœur.

JULES LAFORGUE
Poésies complètes.
Luis LE CARDONNEL

Poèmes.
SEBASTIEN CHARLES LECONTE
L'Esprit qui passe

Le Sang de Méduse.
La Tentation de l'Homme.

STUART MERRILL
Poèmes, 1886-1897.
Les Quatre Saisons.
Une voix dans la foule

JEAN MORÉAS
Poèmes et Sylves.
Premières Poésies.
Les Stances.

GABRIEL MOUREY

Le Miroir.

EDGAR POE
Poésies complètes.

HUGUES REBELL
Chants de la Pluie et du soleil.

HENRI DE RÉGNIER
La Cité des Eaux.
Les Jeux rustiques et divins.
Les Médailles d'Argile.
Poèmes, 1887 - 1892.
Premiers Poèmes.
La Sandale ailée.

ARTHUR RIMBAUD
Œuvres.

RONSARD
Le Livret de Folastries.

SAINTE BEUVE
Le Livre d'Amour.

ALBERT SAMAIN
Le Chariot d'Or.
Aux Flancs du Vase, suivi de
Poliphème et de Poèmes inache-
vés.

Au Jardin de l'Infante.

EMMANUEL SIGNORET
Poésies complètes.

LAURENT TAILHADE
Poèmes aristophanesques.
Poèmes élégiaques.

EMILE VERHAEREN
Les Forces tumultueuses.
Les Heures claires.
La Multiple Splendeur.
Poèmes.
Poèmes, nouvelle série.
Poèmes, III^e série.
Les Rythmes souverains.
Les Villes Tentaculaires, pré-
cédées des Campagnes Halluci-
nées.

Les Visages de la Vie.

FRANCIS VIELÉ - GRIFFIN
Clarté de Vie.
La Légende ailée de Wieland.
le Forgeron.

FRANCIS VIELÉ-GRiffin
Phocas le Jardinier.
Plus loin.

Poèmes et Poésies.
WALT WHITMAN
Feuilles d'Herbe.

Collection de Romans, Livres d'Histoire, Critique, Littérature,
Philosophie, Science, Sociologie, Théâtre

Apuntes de Derecho Internacional Privado

POR

Doctor V. M. Carrió

Este libro en cuyo prólogo el doctor Carrió anuncia que es precursor de otro de mayor trascendencia para los profesionales, ha sido escrito con el laudable propósito de facilitar y ordenar la tarea de los estudiantes. Por el fin á que va dedicado el trabajo del doctor Carrió es digno, pues, de loa y estímulo, y como es el exponente de una mentalidad sintética y analítica que hurga allí donde la ciencia puede dar más luces al horizonte de los que cursan la materia en cuestión, el esfuerzo del doctor Carrió, que es por si solo un triunfo, se hace doblemente meritorio y simpático.

El libro *Apuntes de Derecho Internacional Privado* está escrito en un estilo lleno de sencillez y sobriedad, que acusa en su autor buena predisposición y mejores conocimientos para tratar tema tan arduo; la exposición, breve y rotunda como es menester en obras de esta índole, destinadas puramente al estudio y á exponer la investigación, también demuestra que el doctor Carrió, de quien se espera una actuación brillante en nuestro foro, posee enviables condiciones innatas y un temperamento singularísimo para acometer con éxito las obras didácticas.

Por eso, *Apuntes de Derecho Internacional Privado* es un libro cuyo éxito lisonjero se ha descontado previamente y cuyas proyecciones cristalizarán en la obra definitiva que promete ahora el joven y talentoso abogado.

Los *Apuntes de Derecho Internacional Privado* constituyen un grueso volumen de 626 páginas, esmeradamente impreso, que contiene también: *los tratados vigentes celebrados por la República Oriental del Uruguay desde su imdependencia hasta nuestros días, el programa de la materia en la Facultad de Derecho, notas bibliográficas y varios apéndices complementarios del curso.*

Los Editores.

Precio del ejemplar:

En el Uruguay: pesos 3,50 — En el Exterior: francos 20,00

Nota — Los pedidos del Exterior deben venir acompañados de cheque ó giro postal.

Para pedidos dirigirse á LUIS Y MANUEL PÉREZ, LIBRERÍA «MERCURIO», Sarandí, 240 — Montevideo.